



AÑO III

← BARCELONA 28 DE ENERO DE 1884 →

NÚM. 109

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MARÍA, cuadro por Beers

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—EL CRISTO DEL MILAGRO, por don E. de Lusion.—JUAN DEL PUEBLO, por don Benito Más y Prat.—CARTA DE DON ANTONIO DE TRUERA.—SÉPTIMA CONFERENCIA DE LA ASOCIACION GEODÉSICA INTERNACIONAL EN ROMA (II), por don E. Benot.

GRABADOS.—MARÍA, cuadro por Beers.—¡QUE VIENE EL LEÓN! cuadro por Franz Verhas.—LA VIDA MODERNA, cuadro por Lorenzo Casanova.—NUEVO APARATO AMERICANO PARA DESPEJAR DE NIEVE LAS VÍAS FERREAS.—PUERTA DEL PALACIO DE MOSEN SORRELI, EN VALENCIA.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El suicidio.—Del amor y otros excesos.—Los estudiantes.—Auto de fe.—Mudanza de decoración.—Cómo cambia de domicilio la alegría oficial.—La Catedral de Leon y la Alhambra.—El moro y el godo; la castellana y la odalisca; Aldonza y Lindaraxa.—Un vistazo a la China.—Un imperio hidrópico y una república oxigenada.—El té y el *opopanax*.—Mandarines y *cocottes*.

Felices los cronistas que, allá, por los años del hierro, tenían la misión de narrar los hechos de sus señores; porque las pragmáticas del oficio les ordenaban ser panegiristas y no críticos, contar lo bueno, ponderar lo notable, tender un manto de retóricas flores sobre las grandiosas acciones... y cuando llegaban a una vituperable, omitirla. Era, sí, su misión dichosa, pero ¡ay del cronista de Madrid, al cual la verdad le pide homenaje y el temer a desagradar a su señor le corta el aliento cuando va a rendir aquel testimonio de acatamiento a la desnuda diosa!

Esto digo y pienso porque no sé cómo empezar mi relato de este período de tiempo transcurrido en la vida de Madrid, desde que por última vez tuve la honra de conversar con usarcados. En mis apuntes se amontonan notas fúnebres, y aplicando el oído a los lejanos rumores, escucho detonaciones, y asomándome al horizonte, veo pasar el triste y solitario féretro de dos suicidas. Un hombre acaudalado—el Sr. Rodríguez Leal,—y un ex-diputado a Cortes, han puesto fin a sus días. Mientras esto sucede en las clases mejor educadas, y en el seno de los creyentes, las gentes del pueblo riñen navaja en mano, y los callejones del Oso y del Bonetillo presencian el desfile del juez de guardia y la camilla mortuoria.—Los hijos de aquel pícaro dioscello que hurtó los chapines a Mercurio,—de Caco hablo,—han resucitado las aventuras que Goboríau,—el Homero de los ladrones,—describe en sus novelas: la aristocrática calle de Felipe III ha sido el teatro de su hazaña.... No quiero seguir adelante, porque prefiero callar y romper mi pluma a levantar acta de tales sucesos. Una nube negra ha pasado sobre Madrid, y el Manzanares se ha convertido en el Leteo,—ese río de ácido sulfúrico y olvido!

* *

Cambemos de tema y busquemos en el pentágono alegres sonos. ¿Dónde acudiremos? ¿Dónde, sino al amor? Sigamos esa pareja de novios que van por la calle de Luchana, aun cuando el oficio de tercero nos ofenda. Pero ¿qué sucede?... ¡Oh Dios mío! ¡Hay horas menguadas!.... ¡El amante ha disparado un tiro a su amada! ¡Error nuestro!.... Creíamos ir en pos del amor é íbamos siguiendo a los celos.... abandonemos tan desgraciada huella.... Desinfectemos nuestra crónica de infernales vapores.... Hagamos un paquete de estas noticias, de estos hechos, de estas páginas, de estas pistolas humeantes, de estos puñales que gotean sangre, de estos corazones donde late el odio.... y echémoslo en algún pozo de donde nunca más puedan salir.... En un buzón de correos.

* *

Las calles de Madrid han estado más animadas que de ordinario. La Universidad había cerrado sus puertas, el anfiteatro de San Carlos veía sus mesas de diseccion silenciosas; los estudiantes reunidos en numerosa comitiva realizaban una manifestación contra el Marqués de Sardoal y los decretos que como ministro de Fomento había dictado respecto a enseñanza.

El estudiante es la juventud, la pasión, el genio pronto, el arrebatado pasajero. ¡Temed, oh estadistas, estas cóleras infantiles! Siempre fueron temibles, cuando los pechos en que hervían se cubrían del manto; cuando vistieron los militares uniformes de las academias de Belona, cuando combatían por la patria en aquellos tercios de la independencia, cuando se iban a las puertas de Palacio a insultar a las testas coronadas.... Pero lo son más cada día, porque el estudiante es hoy un sér sesudo, un prudentísimo ciudadano; porque la juventud del año 84 es una vejez bonita, sin canas ni arrugas.... porque es una pasión que razona, un corazón que cuando está ciego, de amor ve más que el de sus abuelos cuando se ponía lentes, y cuando arde en indignación somete su sentimiento a la ley. Este ardor-frio, este furor-tranquilo, este *festina-lentè*, es la juventud de la época, hija de una generación de descreídos cuya experiencia ha encontrado en la cuna.

Lo cual aplicado al caso presente significa que las manifestaciones estudiantiles han tenido sus gritos, sus amenazas, sus paseos tumultuarios por calles y plazas.... pero han tenido principalmente un fin práctico, una intención traducible en leyes y al hablar con el Ministro de Fomento casi le han dictado un programa de enseñanza.

Un auto de fe hubo en la calle de Atocha. El reo que sufrió la pena de quemazon estaba blanco de terror y se

encogía bajo los calientes besos de las llamas, las cuales le dejaron bien pronto convertido en palpitantes pavesas que temblaban al soplo del aire y por cuyas negruras cadavéricas corrían insectos de oro, los gusanillos de la muerte por incendio.

Era un número de la *Gaceta*, aquel precisamente en que se hallaban impresos los decretos sobre enseñanza. Viendo arder este número de la *Gaceta*, como el hecho coincidía con la caída del gobierno liberal y el triunfo del partido conservador, no pude menos de pensar que en aquellas páginas, húmedas de tinta de imprenta, ardían las alegrías de cientos de empleados para quienes es el periódico oficial libro divino, una hoja escrita y firmada por los dioses que todo lo pueden; ardían allí sus esperanzas de mejora, su comodidad, el porvenir de sus hijos.... La *Gaceta* es en España, y especialmente en Madrid, el *alfa* y el *omega* de la ventura. El que la tiene a su devoción vive, manda, derrocha, gasta reluciente paño de Seda y coruscante sombrero. El que está en la desgracia de ese Dios de papel, lleva botas rotas, mugrientas levitas, vacío bolsillo!

¡Bien quemado está!

* *

Pero más lo están los vencidos. ¿Los veis? Entran en la colmena y bullen en ella. Son las abejas del presupuesto que liban las flores de la nómina y fabrican la miel del expediente. Son los empleados.... Ya están dentro del ministerio repartiendo cesantías.... Es cosa de repetir el canto guerrero y melancólico del poeta de Roncesvalles: «¿Cuántos son? uno, diez mil, un millón, millones de millones.—¡Y ahora, cuando el ángel enlutado de la derrota va a contarlos.... ciento, diez.... uno.... ninguno!»

¡Sí! la alegría oficial ha cambiado de domicilio. Ya no sonríe en la cara de los constitucionales, ya no se deshace en perlas de ingenio cayendo de los labios de sus oradores y del pico de la pluma de sus polemistas. Ahora es la gracia malagueña de Cánovas y la antequerana de Romero Robledo la que priva. Nuevo gobierno, nuevas córtes, nueva política; unas elecciones en perspectiva.... ¿Se necesita más, se necesita tanto siquiera, para que los españoles miren al porvenir con el incierto ánimo y la febril curiosidad del lector de folletines que tiene bajo sus ojos un centenar de páginas llenas de venenos, sorpresas, duelos, raptos y faltas de castellano?

* *

Al mismo tiempo, en el mismo día, tal vez en el mismo instante, se han sentido temblores en los cimientos de la Catedral de Leon y en los de la Alhambra de Granada.

Se trata de dos maravillas de distintos artes engendradas y esas dos maravillas padecen del abandono de los gobiernos. En país más cuidadoso de sus glorias habría empeño de todos por conservar esas dos preciosidades: aquí este sublime desden castellano, este frío olvido del ayer que es la mitad del alma española hace irse desmoronando esos portentos de piedra y yeso.

La catedral gótica con sus cresterías y sus ojivas es el mejor templo del alma cristiana. El sol se tiñe de colores al pasar por las cristaleras de las ventanas donde se representan pasajes bíblicos é imágenes pintadas con luz.

La Alhambra es el templo de los sentidos, la deificación del sensualismo, un himno a la majestad del sér humano, algo que tiene ecos de canción de amor y el ritmo grandioso de la epopeya.

Obra es la catedral gótica de aquel hombre que pasa su vida en combatir por la fe, de aquel monje que como el gusano para labrar su seda se encierra en la celda de piedra del convento, y allí a solas consigo mismo, imagina que sobre el facistol en que descansan los pesados *infolium* agita sus alas el ángel de las inspiraciones.

La Alhambra es la creación de un pueblo poeta antes que guerrero, enamorado antes que poeta y sibarita antes que enamorado.

Bajo las bóvedas de la catedral se imagina el artista ver siempre la imagen de la castellana que ora por el pronto regreso de su señor, empeñado en tremendas empresas de guerra.

Bajo los aéreos camarines de la Alhambra, alumbrados por luz cenital, creéis ver siempre a la odalisca, mal ceñidas al cuerpo las perfumadas gasas, ya con el ansia del amor esperado, ya con el voluptuoso cansancio del amor satisfecho.

La heroína del arte gótico es *Aldonza*, la casta y severa cristiana, madre de fuertes hijos a quienes comunica con su sangre una fe combatiente y una superstición cruel.

La inspiradora del arte árabe es la princesa de la sangre de los Omeyas, delicia del profeta y cuyos brazos son el mejor premio del vencedor. *Lindaraxa* la llama la historia; con su nombre ha compuesto endechas la poesía, canciones la música, y en las claras y rutilantes noches granadinas el moro cree ver escritas aquellas letras en el cielo con puntos de estrellas y rasgos de relámpagos.

Los símbolos de estas dos civilizaciones, de estas dos religiones, de estas dos artes, por las que combatieron el moro y el godo, donde oraron y amaron *Aldonza* y *Lindaraxa*, están amenazados de muerte. Y no habrá podido hacer el hombre elegía más terriblemente melancólica que la que formen con sus ruinas los arcaísmos de la Catedral de Leon y las columnillas del patio de los leones de la Alhambra.

* *

Porque no tengan razón los hombres graves en acusar de preferir para mis digresiones los asuntos de

poca monta, y dejar a un lado los que traen preocupados a los cerebros más sesudos de Europa, diré algo de la contienda internacional de Francia y China; y no han de ser noticias que el telégrafo transmite casi antes de que los sucesos ocurran; ha de ser una consideración que está a primera vista, que salta desde luego a los ojos.

La China es un inmenso imperio, poblado por miles de millones de súbditos; Francia es ménos que una nación, porque está toda reconcentrada en una ciudad, en Paris.

El chino es un insaciable bebedor de té; el parisense es un contumaz bebedor de Champagne, y el pálido brebaje que aquel consume explica sus odios frios y duraderos, mientras el burbujeante vino de los restaurants de Paris, da razón de la alegría de ese europeo incapaz de persistir diez años en una guerra y dos días en un mismo pensamiento.

El imperio chino es un monstruo de absurdas proporciones, de miembros disparatados, de vientre obesísimo, como el de sus ídolos de porcelana; dentro de cuya mole no corre la sangre sino el rubio té que impulsa y mueve a guisa de corazón una perfumada tetera de barro.

Paris es una ciudad oxigenada, una ciudad víctima de la risa, que todos los días inventa un chiste y todos los días siente la tristeza de un nuevo deseo y la nostalgia de una nueva epopeya.

Así, pues, Paris resolverá de un modo ó de otro, bien ó mal, a cañonazos ó con notas diplomáticas, la contienda que hoy tiene con el celeste imperio; pero la resolverá pronto, porque ya está cansado de oír hablar de Tonkin y del marqués de Tseng.

Y los mandarines de China conservarán a través de los siglos su odio a Francia, mientras que la carcajada de una *cocotte* resonando en la atmósfera de los bulevares hará olvidar a los parisenses todo lo sucedido.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

MARÍA, cuadro por Beers

Otro ejemplar de la famosa galería de mujeres hermosas, que publicamos con gusto, ya que opinamos, con el Arcópago, que la contemplación de lo bello predispone al ánimo para lo bueno.

¡QUE VIENE EL LEÓN! cuadro por Franz Verhas

Un travieso rapaz ha imaginado el medio más sencillo y de seguro efecto para dar un susto a su hermanita. Metido debajo de una de esas pieles de león que tapizan algunos suntuosos gabinetes, ha aparentado embestir a la inocente niña que, llena de terror, corre a refugiarse en el regazo de su madre. El muchacho, satisfecho de su traviesa, asoma la cabeza por debajo de la del voraz felino para enterarse del efecto producido por su arriesgada mistificación; al paso que la madre, conocedora sin duda de los preliminares, ni manifiesta sorpresa, ni espanto, ni enojo siquiera.

Esta sencilla, pero no ménos ingeniosa composición, se halla realizada por un dibujo irreprochable, una agrupación elegante y nada rebuscada, una entonación simpática y una riqueza de accesorios que armonizan perfectamente con el asunto y completan el cuadro, sin empero aglomerar detalles inútiles y de mal gusto.

Esta clase de trabajos producen siempre simpática impresión, y cuando, afortunadamente, se reproducen por el buril de una manera tan acabada como lo ha hecho Weber con el cuadro de Verhas, esa impresión, sin ser la que cause el original, es tanta como puede esperarse de un grabado hecho con talento, habilidad y conciencia artística.

LA VIDA MODERNA, cuadro por Lorenzo Casanova

(Este cuadro lleva el núm. 49 en el catálogo de la exposición Parés)

Representa este lienzo a una hermosa joven tendida indolentemente sobre un diván. Mientras aspira los aromas que exhala un enorme pebetero junto a ella colocado, acaricia a un perro faldero que ha tomado posesión de su regazo, produciendo visible descontento en otros dos canes, que sin duda se creen con derecho a los tratos de la nación más favorecida, como dicen los estadistas.

Este cuadro es agradable y en la ejecución de la figura principal el artista se ha impuesto dificultades de dibujo por el gusto de probar que sabe vencerlas. El color está bien aplicado, aunque quizás el vestido tenga sobrado sabor de carne, lo cual produce a primera vista el efecto del desnudo; y el conjunto revela en el autor felices condiciones artísticas.

Es, además, esta composición una bien concebida alegoría de la sensualidad que caracteriza a nuestra época. Esa joven, voluptuosamente tendida, saturada de aromas, que en su indolencia, en su pereza mejor dicho, prodiga sus caricias a un animal importuno y feo; esa joven es, realmente, la vida moderna, consagrada al placer material, aspirando los deletéreos aromas de la adulación, prodigando sus afectos a los séres más indignos de ellos, y alimentando la inteligencia con la lectura de periódicos en que la literatura está representada por las novelas de Zola y el arte por las caricaturas de Grevin.

NUEVO APARATO AMERICANO para despejar de nieve las vías férreas

En la exposición de maquinaria y aparatos para ferrocarriles últimamente celebrada en Chicago (Estados Unidos), ha llamado la atención por su ingeniosa construcción

el aparato para limpiar de nieve la vía, que representamos en conjunto y en detalle en nuestros dos grabados.

Este nuevo sistema, de origen canadiense, consiste en una gran espiral de eje perpendicular colocada en la parte anterior de un wagon empujado por una ó más locomotoras. En lugar de hender simplemente la nieve y echarla á los lados, como los aparatos ordinarios, éste la levanta por efecto de la rotacion de la espiral, la cual gira sobre su eje con una velocidad de 300 vueltas por minuto, por medio de un par de máquinas horizontales. Este sistema es de reciente aplicacion, habiéndose terminado el primer aparato en abril último, en cuya época se le hizo atravesar con feliz éxito cerca de Orangeville un banco de nieve y hielo de 45 metros de longitud por 1,80 de espesor.

PUERTA DEL PALACIO DE MOSEN SORELL, en Valencia

Uno de los edificios más característicos de Valencia, el palacio de mosen Sorell, fué pasto de las llamas en el mes de marzo de 1878, desapareciendo con él una de las páginas de la historia arquitectónica de los siglos XIV y XV.

La puerta del citado palacio representada en nuestro grabado data probablemente de fines del siglo XV, notándose en la escasa elegancia de sus columnitas, en el poco gusto de sus adornos y en la desmesurada prolongacion del arco que cobija el escudo, la decadencia de aquel arte ojival que tantas maravillas produjera. En los vanos que quedan entre el arco y las molduras que rodean la puerta, está esculpida la siguiente leyenda, divisa de la noble familia de los Sorell: *Lo que tenemos fallece; el buen obrar no perece*. A pesar de su escaso mérito, la antigüedad y el carácter original de este palacio hacen que los amigos del arte y de la arqueología lamenten muy de veras su desaparicion.

EL CRISTO DEL MILAGRO

I

Si hubieran Vds. preguntado á los vecinos de los pueblos de aquella comarca, habrian oido lo siguiente:

«Nadie sabe cómo vino á este sitio, pero se cree que apareció milagrosamente.»

Sin embargo, personas interesadas, si tal puede decirse, contaban otra historia.

Segun los primeros, aquel Cristo, tan viejo, y recientemente restaurado por orden y á costa del alcalde, prévio un guante entre los devotos, era mucho más primitivo que los primitivos tiempos de España.

—En la época de los abuelos de los abuelos de los romanos—decía el padre cura del lugar inmediato, sin saber lo que se decía,—ya estaba ahí esa imagen.

Y como el maestro de escuela del pueblo se atreviese á objetar humildemente que ántes de la época romana y de la fundacion de Roma no habia venido al mundo Jesucristo, el párroco estuvo tentado de excomulgarle por contaminado con el virus moderno.

Durante las persecuciones de los cristianos por los Emperadores, el Cristo estuvo oculto; uno de los infelices que consiguieron escapar de la muerte, lo trajo de Roma.

Esta era una version, además de la del señor cura mencionado.

Pero la verdad, segun opinion de un testigo ocular, que negaba el milagroso origen, era que aquella imagen habia sido tallada y regalada á la iglesia del pueblo, por un escultor hijo del lugar y que de regreso de América á mediados del siglo XV, quiso manifestar su gratitud, por haber realizado una fortuna, á la iglesia donde fuera bautizado.

Vivian los descendientes del escultor, y conservaban parte del capital, á pesar de los desastres sufridos en tiempo de la invasion francesa y de que uno de los descendientes del rico artista, habia derrochado algunos miles de duros viajando, tambien en América, en busca de otra fortuna, como la que reunió su antecesor.

Hablar del Cristo del Milagro en el pueblo, en cuya iglesia estaba guardado, era lo mismo que hablar de todos los vecinos, que le cuidaban y le custodiaban, no solamente por su representacion divina, sí que además porque le consideraban como padre y fundador del pueblo y convecino de todos.

En tiempo de guerra civil ó de cualquiera clase de revueltas, se redoblaba la vigilancia de la iglesia.

Sacar el Cristo en rogativa y romper las nubes á llover agua sobre la comarca, era todo uno.

Sacar el Cristo para que cesaran las lluvias y aparecer el Sol, era lo mismo.

Cuando le sacaron una vez para que el gobierno aliviara de contribuciones al pueblo, recibieron la noticia de que les habian aumentado el cupo.

—En materias políticas no tiene jurisdiccion—observó el alcalde.

—O no la usa—replicó el cura.

—Es lo mismo.

Las muchachas casaderas acudian á pedir al Cristo del Milagro, que practicase uno, presentándolas novio en buenas condiciones matrimoniales.

Los enfermos iban de continuo á pedir alivio, ó se encomendaban al Cristo desde el lecho del dolor, cuando no podian salir á la calle para visitar el templo.

Las viudas lloraban ante la sagrada imagen durante algunos dias: despues ya no la veian sino á la hora de la misa, lo mismo que al cura.

Las madres que habian perdido algun hijo, no faltaban un dia en la iglesia: decian que allí, en derredor del Santo Cristo, veian á sus perdidos angelitos.

¡Cosas de madres!

Ello era que milagrosa ó naturalmente aparecida la imagen, obraba grandes prodigios, al decir de los lugareños, y que en cuestion de enfermedades, por ejemplo, entre el médico de los tres pueblecillos allí próximos y el Cristo, no cabia duda; el que curaba á los enfermos era el Cristo; y el que mataba á los demás, el médico.

Son achaques de la carrera.

¡Cómo le engalanaban en el dia de la fiesta que le dedicaba el vecindario!

(Al Cristo, por supuesto, que no al médico.)

La alcaldesa prestaba sus mejores alhajas para que se las colgasen al Cristo, y aunque en otro tiempo lo hacian así aquellos cariñosos y agradecidos vecinos, en tiempo moderno han suprimido la gala con uniforme que vestian á la imagen.

—Es un escándalo—me decía el maestro de escuela y no sé si por emulacion—lo que he presenciado yo en los primeros años de mi estancia en este pueblo de cafres.

—Me parece—le dije—que los trata V. con mucha franqueza.

—¡Pues no le pusieron al Santo Cristo un zagalejo de la alcaldesa y un pañuelo de Manila y unos pendientes de la boticaria! Hoy no se hace esto; se le rodea de ramos de flores.

Las flores simbolizan mejor la religion y la fe, que los zagalejos, siquiera sean de alcaldesa.

II

La familia heredera del autor de la imagen, se componia de padre y dos hijos, uno de éstos hembra y otro varon.

Era ella más hermosa que «la sonrisa de un ángel,» como decía el maestro de escuela en unos versos que *la sabía* en dia de su santo.

Muestra cariñosa que le valió cinco duros de regalo en metálico que le hizo el padre del ángel.

Contaba escasamente diez y nueve años Rosita, y más de diez y nueve cientos de pretendientes la habian importunado con sus amoríos; pero el tío Cosme era una fiera vestida de corto.

Preguntarle por su hija, en vez de halagar su cariño, era lo mismo que sacudirle un puntapié en el reverso de la figura.

Entiéndase si el pregunton ó interesado en la salud de la chica, era animal macho.

—Bastante te importará á tí,—solia responder á los mozos con quienes tenia franqueza.

En una ocasion cayó enferma Rosita y el médico se vió muy apurado para tomarla el pulso, porque el padre no consentia que la tocara.

—*Velay uslé*,—decía—si los médicos no pudieran serlo hasta llegar á ser viejos, no se darian estos casos de inmoralidad. ¿Qué ley ni qué razon pueden obligarme á mí á que tolere que V. manosee á la chica?

Por fin cedió ante el temor de que su Rosa se desgraciase, y cuando logró verla buena y sana, le dijo al médico:

—Mire V., yo conozco que soy algo raro, pero V. no se incomode, porque no tengo malos pensamientos.

—Ya lo sé—replicó el médico.

—Ahí tiene V. dos onzas peluconas por la cura, y en paz.

—Aquí sobra dinero, hombre....

—Nada, dos onzas y tan amigos; cuando yo se las doy, guárdelas y abur. No es porque yo crea que V. lo ha hecho todo.

—La naturaleza ayuda.

—¡La naturaleza! ¡la naturaleza! ¡Qué manera de pensar tienen estas gentes de letras! Todo se lo *echan* á la naturaleza y no dejan nada para Dios.

—Hombre, Dios sobre todo.

—Y el Cristo del Milagro. Ese, ese ha sido el verdadero doctor. Vds. entran á ciegas en la habitacion del enfermo; le pulsan, le miran la lengua, le tocan el testuz, y en seguida recetan lo que les parece: si aciertan, bueno, y si no, tambien. Con decir que la enfermedad venia derecha, y extender la cédula de empadronamiento para el cementerio, se acabó.

La teoría del tío Cosme era la que profesa la mayoría del vulgo.

El tío Cosme era un hombre, que nada tenia de tonto. Pero sí de malicioso.

Rosita era una hermosa de primer orden y un ángel por su carácter y sentimientos.

En cambio Ramoncito, el hermano de Rosa, jóven de veintidos años, habia nacido para dar disgustos á su padre.

El primero se lo dió al nacer, puesto que su nacimiento costó la vida á su madre.

Convencido de que somos mortales y de que á lo mejor de la vida, *se viene la muerte tan callando* como decía Jorge Manrique, aun cuando él no habia leído á ningun poeta, rechazaba cuantos oficios y carreras le proponia su padre.

—V. es rico,—decía—¿para qué quiere que yo me sacrifique y sirva á nadie?

—Yo no quiero que sirvas á alguién, pero sí que sirvas para alguna cosa. ¿Te parece justo pasar la vida hecho un vago y sin aprender siquiera dónde tienes tu mano derecha?

—Lo que es eso... diga V. que llegue una ocasion en que pueda probar dónde tengo mi mano derecha, y ya verá V.

El tiempo pasó y el mozo, libre del servicio de las ar-

mas, mediante el pago de la cantidad exigida por la ley, permaneció en el pueblo, sin ocuparse siquiera de la labranza en los terrenos de su padre.

III

Qué pasó ni cómo Rosa pudo llegar á enamorarse del médico del lugar, no pudo saberse.

Pero es verdad que estas cosas no las saben más que los interesados y cuando son prudentes y no las comunican, no hay medio de saberlas por más que se adivine ó se presuma.

El principio del amor es siempre lo mismo aunque varíe en causas y accidentes.

Tal vez agradecida Rosita por la curacion de su enfermedad—primera, fijó sus ojos en el médico.

Este no se sabe por qué lo fijaría; pero es de suponer que porque le gustó la chica.

El resultado fué unos amores que no sospecharon ni el tío Cosme ni Ramon.

Bien decía aquel:—«Inconvenientes de ser jóvenes los médicos.»

Pero como los médicos ni sus novias tienen privilegio para no perder la salud, siquiera sea accidentalmente, y aun para morir son iguales á los profanos, Rosita cayó enferma segunda vez.

Inútil será pintar la diligencia con que D. Ricardo, el médico, acudiría al mal.

La enfermedad tomaba un carácter alarmante.

Aquellos labios de púrpura estaban cárdenos.

Aquellos ojos negros en los que se adivinaba un fondo insondable de pasion y un foco de luz celestial, velados por los párpados, parecia como que se despedian de la vida.

—Si yo consiguiera llevarla á ver nuestro Cristo; ese Santo Señor patrono del pueblo y particularmente de nuestra familia...

Este ligero egoismo del tío Cosme, podia disculparse, aparte de la impiedad manifiesta, porque de ordinario no sabia lo que hablaba, pero mucho menos en aquellos momentos.

Salió precipitadamente de su casa y se dirigió á la del cura, á pesar de ser su enemigo electoral.

Esta es una clase de enemigos irreconciliables en las localidades pequeñas.

—Vengo á proponer á V. una cosa.

—¿Una transaccion?—preguntó el cura satisfecho.

—No, y sí.

—Sepamos.

—Mi hija está muy malita.

—Ya lo sé. ¿Necesita V. mi auxilio? Voy corriendo; no quita lo cortés...

—A lo impertinente—interrumpió con ira el pobre padre al oír semejante suposicion.

—¿Eh?

—Lo que yo quiero es que me autorice V. para llevar el Santo Cristo á mi casa.

El cura le miró con asombro.

—Doy mil reales para el culto.

—Ni aunque diera V. un millon: lo que me propone es una profanacion completa.

—No lo sé, pero...

—Yo no lo consentiré jamás.

—En secreto, sin que nadie se entere....

—He dicho que no, y basta.

Los esfuerzos del tío Cosme fueron inútiles.

El cura no accedió á la pretension del padre de Rosa, que salió gritando:

—Pues bien, si mi hija se muere...

—¿Qué?

—Yo sé lo que he de hacer.

Para un padre no hay obstáculos ante el peligro de sus hijos.

El plan fué tan rápidamente concebido como ejecutado.

Llegó la noche.

El tío Cosme, no queriendo fiar de nadie la ejecucion de su proyecto, se dirigió solo en direccion á la iglesia.

Se detuvo é inspeccionó con una mirada los alrededores.

Luégo dió dos golpecitos en la puerta, y esta se abrió.

—¡Silencio!—dijo una voz de mujer—si nos oyeran ¿qué seria de nosotros?

Era la mujer del sacristan, más dulce y maleable que el cura.

Ella se encargó de cobrar los mil reales no precisamente para el culto, pero sí para ella, que tan relacionada estaba con las cosas de él.

El tío Cosme entró y la puerta se cerró tras sí.

En aquel momento llegó hasta la puerta de la iglesia un hombre envuelto en una capa.

—¡Esto es inconcebible! son ladrones! ladrones... y.... Ahora veremos si sé dónde tengo la mano derecha, ya que lo duda mi padre.

Los minutos trascurrieron y la puerta de la iglesia volvió á abrirse, oscura por dentro como la boca de un monstruo.

Un bulto salió.

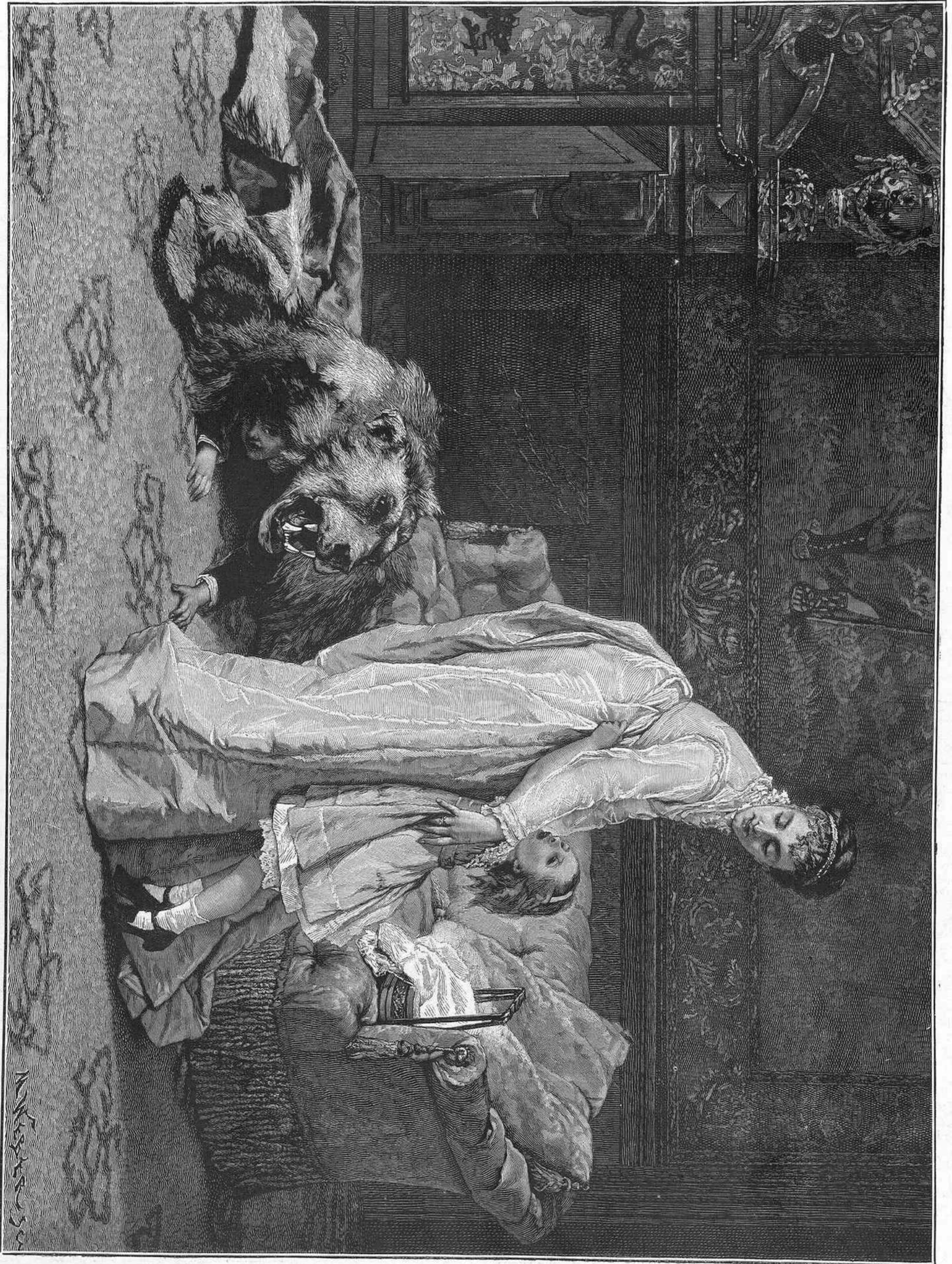
El hombre que esperaba se lanzó sobre él cuchillo en mano, y descargó un golpe.

—¡Detente!—gritó el que salia.

Pero entre uno y otro hombre cayó... tal vez un tercero.

Afortunadamente el que salia, que era el tío Cosme, como queda dicho, reconoció la voz del otro.

¡QUE VIENE EL LEÓN! cuadro por Franz Verhas



Franz Verhas



LA VIDA MODERNA, cuadro por Lorenzo Casanova. (Este cuadro lleva el número 49 en el catálogo de la Exposición París)

—Ramon, hijo,—murmuró—soy yo, cállate y ayúdame a levantarle. ¡Ah! ¡qué profanación! ¡qué sacrilegio!... Pero tú me perdonarás, ¿no es verdad, Señor? siquiera en gracia del cariño paternal que me impulsaba. Si ella muere ¿qué será de mí?

Ramon, que durante algunos segundos había permanecido inmóvil, dominado por el espanto, creyendo mal herido a su padre, se aproximó, al fin, con vacilante paso.

—¡Perdon, padre mio!—balbuceó.

—No, no, hijo, no hay de qué perdonarte; tú has cumplido como bueno, pero... vamos, no perdamos tiempo.

—¿Qué significa?...

—Ramon, tu hermana se muere, si no la salva esta Santa imagen; la he pedido al cura, le he suplicado con lágrimas en los ojos que me concediese este beneficio, y nada he conseguido. Afortunadamente la sacristana es menos escrupulosa. Vamos, ayúdame, hijo.

Entre ambos levantaron cuidadosamente la Santa imagen, que no había sufrido desperfecto en la caída.

Pero el puñal de Ramon se veía clavado en el pecho del Santo Cristo.

—¡Dios mio!

—¡Horror!

Gritaron casi a un tiempo el padre y el hijo al hallar el acero clavado en la imagen.

—¡Rosa! ¡Rosa mia!—murmuró el tío Cosme dominado por una exaltación repentina—mi hija se muere: Dios castigará en mí el sacrilego crimen de mi hijo.

IV

Pero Dios tuvo piedad de Rosa que recobró la salud, merced a la visita de la divina imagen y a los esfuerzos de la ciencia.

¡Pobre doctor!

¡Cuánto estudió, cuánto sufrió y cuánto creció su amor por la enferma!

Pero no daba con una ingrata el médico; que Rosita, que entregaba voluntariamente su salud y su vida en manos del joven, también le entregaba su corazón.

Cuando pasaron los días de peligro inminente, cuando despejada y tranquila pudo la enamorada doncella darse cuenta del mal pasado, el doctor respiró.

—¡Cuánto te debo!—decía la hermosa niña, cuando estaba sola con el doctor y una buena mujer criada del tío Cosme y tan antigua como su amor en la casa.

—¡Cuánto le debo a V.!—repetía cuando se hallaba presente su padre.

—¡A él! ¡a él! ¿Y al Santo Cristo, nada?

—¡Padre!

—A él le debes la vida y yo también: él me libró de morir de una puñalada la noche que le traje a esta casa.

Milagro, milagro patente! sabe que le amo, que uno de mis antepasados le dió forma y....

—¡Padre!....

—Ya sé que estoy diciendo herejías y disparates, pero el contento de verte buena me trastorna.

Nadie se enteró en el pueblo de la visita del Cristo a la casa del tío Cosme.

Este antes del amanecer lo volvió a conducir al templo.

Solamente se observó, que la santa imagen tenía en el costado izquierdo una señal que parecía la cicatriz de una herida.

De ella, no se supo cómo, empezó a manar sangre, y este milagro se repetía cada año en el día de la fiesta dedicada al Cristo del Milagro.

V

Rosita y el médico declararon cierto día al tío Cosme sus atrevidos pensamientos.

No creían ambos que tan a gusto accediera el buen hombre a sus pretensiones matrimoniales.

Pero el tío Cosme respondió:

—Es buen mozo, te quiere mucho, y ha trabajado el *pobretico* lo mismo que un negro por salvarte la vida. Si no lo ha conseguido hasta que yo traje el Santo Cristo, eso es otra cosa. ¿Pero qué tiene que ver el pobre con un médico como Nuestro Señor? La intención ha sido buena. Más me gusta para marido que para médico. Ahí verás lo que yo decía: «Esos son los inconvenientes de los médicos jóvenes.»

Y los chicos se casaron.

En cuanto a Ramon....

Al año justo de haber sorprendido a su padre al salir de la iglesia con el Cristo, su cadáver, con un puñal clavado en el costado izquierdo, fué hallado en un barbecho próximo al pueblo.

E. DE LUSTONÓ

JUAN DEL PUEBLO

¿Quién es Juan del Pueblo? ¿Dónde ha nacido? ¿Qué erudito le ha tratado? ¿Dónde están sus obras? ¿Cuál es su tumba y cuáles las efemérides que dejó en las crónicas y en los calendarios?

Nadie lo sabe: genio desconocido, especie de sombra fugitiva que pasa sin detenerse ante vuestros ojos, que eternamente huye y aparece, apenas si pudo sorprenderle alguna vez la mirada escrituradora del pensador ó del fisiólogo; apenas si logró estrechar su callosa mano el artista ó el poeta.

Y sin embargo, él es el que os cosecha los sazonados frutos del estío y de la primavera; él es el que entrega a la inteligencia un mundo de materiales; él es quien busca

el metal y las piedras preciosas para satisfacer las vanidades de la sociedad volitaria y ostentosa; él, quien abate el cedro, hace llano de la montaña, mueve la máquina, despliega el lino sobre las olas, arroja el pez y el ave sobre la mesa del potentado, borda el paisaje de pictóricos grupos y recoge las salvajes armonías de la naturaleza.

Yo he visto a Juan del Pueblo cruzar por los vericuetos y las sinuosidades del monte con la piqueta al hombro, la chaqueta al brazo, la frente sudorosa y los ojos entornados melancólicamente: yo le he visto en traje de fiesta, en el ancho corro de la aldea, saltando y brincando como un chucuelo revoltoso; encendidas las mejillas, radiantes los ojos, entreabiertos los labios, teniendo enfrente a su compañera de amores y fatigas y satisfaciendo sus ambiciones con un clavel ó un ramo de jazmines: yo le he visto también, con la melena erizada como el león del desierto, los ojos fuera de las órbitas, la antorcha incendiaria en la mano y ávido de devorar a la sociedad ó de ser devorado por ella. En todos estos estados le he reconocido por sus lineamientos propios, por sus notas características, por sus eternas genialidades. Juan del Pueblo, fué siempre el mismo, cuando se llamó ciudadano y cuando se llamó siervo; cuando siguió a Leónidas y cuando siguió a Espartaco.

Anfora llena de esencia de tomillo ó de campesinas mieles; instrumento melodioso ó ronco, según el grado de habilidad de la mano que supo herirlo; volcan del que se desprendieron ora columnas de inofensivo humo, ora torrentes de lava capaces de convertir en yermos los lugares más deliciosos, Juan del Pueblo fué, es y será siempre la contradicción viviente, el enigma de la Esfinge, la síntesis más acabada de la personalidad humana en su primitiva rudeza.

Yo he visto a Juan del Pueblo herir sin compasión a su hermano, y llorar amargamente al pié de una cuna vacía; yo le he visto arrojar a la hoguera, y morir en el patíbulo, siendo a la vez malhechor y mártir: he escuchado en sus labios la maldición y la plegaria, el himno patriótico y el *Dies irae*; le he contemplado en el altar y en la barricada.

Juan del Pueblo no escribe; canta y llora, ruge ó suspira tiernamente, aprende como un rapsoda la estrofa de Tirteo ó improvisa sus coplas tiernísimas y originales. El punteado de la guitarra, el sonido del tamboril, la quejas de la gaita, hé aquí sus músicas predilectas. Las bandas militares le aturden, las orquestas teatrales le molestan; si de grandes ruidos se trata, prefiere el del cañon y el de las terribles catástrofes sociales: Juan del Pueblo comprenderá, acaso, la música del porvenir; las orquestas que tienen por maestros el trueno, el huracan y el océano.

Estudiar a Juan del Pueblo cuando se entrega a esas terribles aficiones, no suele prestar gran deleite al espíritu; prefiero por tanto contemplarlo en sus horas de calma.

El mar, al rayo de la luna y cuando lo riza el viento apacible de la noche, es mucho más bello que en las borascas, aunque otra cosa crean los que sólo han visto las tempestades desde la orilla; y el mar tiene mucho del genio de Juan del Pueblo.

Decía que Juan del Pueblo canta y no escribe; ¡cuán tiernos y deliciosos son sus cantares!

Bajo el cielo azul de mi Andalucía, en sus campiñas bordadas de espigas y de flores, Juan del Pueblo se me ha mostrado alguna vez, encarnado en una personalidad determinada.

Hace poco ha muerto entre nosotros un pobre poeta desconocido a quien yo hubiera dado el nombre con que encabezó estas líneas.

Balmaseda — así le apellidaban — había nacido en Ecija, patria del dramaturgo Velez de Guevara y del legista Pacheco; no sabía leer ni escribir y trabajaba de fogonero en la línea férrea de Madrid, Zaragoza y Alicante.

Los que le conocieron aseguran que una melancolía extraña constituía el fondo de su carácter; que tenía distracciones de iluminado y que cuando oía un cantar, se lo aprendía de memoria sin el menor esfuerzo.

Un día sorprendió a sus compañeros con una peregrina novedad: había *sacado* — compuesto — varios cantares. ¿Qué proceso extraño; qué transformación maravillosa se había operado en el alma de aquel rudo hijo del trabajo? Nadie pudo imaginarlo: el hecho es que Balmaseda componía versos que cantaba él mismo, y que deleitaban a los que los escuchaban; el hecho es que Balmaseda se había convertido en poeta.

Los estudios de literatura popular comenzaban a ocupar el magin de nuestros literatos y la nueva de que existía un *pobre que vertía perlas* sin conocer el a, b, c, corrió entre los folk-loristas sevillanos, que sintieron curiosidad extrema. Conocieron a Balmaseda, le halagaron con generosos aplausos, y el bardo del pueblo sintió robustecerse su estro rimando sus contenidos y sus aflicciones. La oruga se proveía de alas para abrasarse en los fuegos del sol: Balmaseda hacia publicar su librito de cantares y espiraba al poco tiempo.

Había cumplido su providencial misión; la oscuridad y el sepulcro le llamaban y él seguía obediente estas solitudes.

Como el cisne cantaba y moría satisfecho:

Un *dolorito* continuo
tengo en el *lao* derecho,
¡son *gorpes* del corazón
que me están partiendo el pecho!

El pecho me están partiendo
yo no lo puedo *aguantá*;
¡son muchos los asesinos
y grandes *gorpes* me dan!

Mi amigo el poeta Luis Montoto, decía a la publicación del libro de Balmaseda, dirigiéndose al Sr. Machado, fundador del Folk-lore en Andalucía:

«Me dice una persona respetable, que el autor del *Primer Cancionero de Coplas flamencas* (1) ha muerto de hambre. Yo no sé si sus compañeros en el trabajo dirán su oración fúnebre encomiando la fuerza muscular de sus brazos y su mayor ó menor destreza en limpiar los coches de la línea férrea—que este era su oficio;—tengo, sí, el convencimiento de que tú exclamarás, al pasar por la vista estas letras escritas al correr de la pluma: «¡Pobre Balmaseda! ¡Pobre poeta!»

Y en efecto, estas fueron las exclamaciones de todos aquellos que supimos la historia, por demás vulgar, del pobre trabajador que, víctima de los rigores de la suerte, había partido de este valle de lágrimas, dejando a su hija y a su esposa a la clemencia del cielo. ¡Pobre Balmaseda, sí, eso dijimos los que asistimos a la imaginación a los funerales del desdichado Juan del Pueblo!

Hijo del trabajo, había llevado a la fosa comun el sello del genio que se ostentaba sobre su frente quemada por el sol y por la hulla. Se murió y lo enterraron. Hé aquí todo: ¿no es eso?

Acaso si no citara yo alguno de los cantares que contiene el libro de Balmaseda, habría quien creyera producto de una atildada sensiblería las líneas que llevo estampadas: veamos por tanto, cómo tomaron forma en aquel cerebro inculto, las bellas concepciones de la musa andaluza.

Mi citado amigo hace notar, con sobrada razón, la preciosa analogía que hay entre la copla que sirvió a Becquer para escribir su *Venta de los Gatos* y una seguidilla del malogrado Balmaseda.

Hé aquí la que utilizó Gustavo Adolfo:

En el carro de los muertos
la pasaron por aquí,
llevaba una mano fuera
¡por eso la conocí!

Dice así lo que Balmaseda ha hecho:

Hasta el *carrerito*
pasaba llorando;
y la conocí por el pañolito
que la iba tapando.

La *vi enterraita*
con la mano fuera;
¡como era tan *esgraciaila*
le *farló* la tierra!

Becquer, escritor culto, *poeta fino*, como diría uno de nuestros flamencos, no se atrevió a completar la coplilla que le inspiró una de sus más bellas leyendas; Balmaseda, es decir, Juan del Pueblo, identificado consigo propio, fué más atrevido y vió todos los detalles del cantar.

En la segunda seguidilla hay un toque dantesco, capaz de hacer llorar a un conductor de cadáveres: «*Cuando la enterraban faltóle la tierra.*» A la compañera de Juan del Pueblo le falta frecuentemente.

¡*El hijo del hombre*, según rezan las Escrituras, tampoco hallaba una piedra donde reclinar su cabeza!

Oigamos a Balmaseda:

Aquel que tenga un *sentí*
que no se ponga a pensar,
que si piensa en achicarlo
él mismo lo agrandará!

Espinita grande era
la que le saqué al león:
siendo fiera me lamia,
¡mira si lo agradeció!

¡Dices que me quieres mucho!
yo me quisiera morir
y despues de muerto verte
sin que me vieras a mí.

Estando en la *soledá*
al silencio le hablé yo,
para contarle mis penas,
¡y el silencio no me oyó!

Juan del Pueblo ó Balmaseda, como ustedes quieran, ve las relaciones más lejanas y halla la forma poética sin conocer las flores de talco y trapo de la retórica. Penas a las que ni el silencio atiende, son penas de una intensidad infinita.

Límpiate los ojos
que llorar no vale,
que la manchita que a tí te ha *caído*
se lava con sangre.

Anoche durmiendo ví
un Cristo en mi cabecera,
enclavito en la cruz
con dos velitas de cera.

En estas coplas hay tal amargura y tal melancolía que con dificultad se encontrará nada que le sobrepuje en Heine y en Becquer; la primera parece un reproche de Otelo, la segunda es más bella y más gráfica que aquella rima del poeta alemán que comienza así:

A la orilla del Rhin, del sacro río
la santa y gran Colonia se levanta, etc.

(1) Sevilla 1882

El coplero andaluz, con una ojeada inconsciente que hubiera envidiado el mismo Hartman, sorprendía los efectos externos de la pasión y los reducía á vivas imágenes. Hé aquí la prueba:

Como la bayeta negra
tengo yo mi corazón,
como la verde mis ojos,
como la amarilla yo.

Pero hablando de Balmaseda se ha olvidado de Juan del Pueblo—dirá algún lector que haya visto otras muchas relaciones olvidadas por mí hasta este punto. No tendría razón, Balmaseda no es más que un nombre, un eco, una metamorfosis de nuestro Juan, aún cuando vivan su hija y su esposa y ardan las velitas de cera del Cristo que vió á la cabecera de su lecho. Es, como si dijéramos, un detalle que el lector frívolo puede dejar á un lado, un tipo que tomé de la realidad como hubiera podido tomarlo de los fantasmas de mi cerebro.

Juan del Pueblo, poeta, es así, y si bien pudiera presentarlo á mis lectores palpitando en otras encarnaciones, no es este por ahora mi propósito.

Un moderno colector de cantares, mi querido amigo Rodríguez Marin, ha presentado á mi gigantesco protagonista escribiendo su propia historia en una serie de preciosas coplillas: el buen Juan del Pueblo es historiador y poeta lírico al propio tiempo. Poco trabajo nos costaría mostrarle como protagonista de una interminable epopeya.

Balmaseda ha muerto, pero sus rimas, tomando vuelo, como una bandada de aves canoras, por el Mediodía de España, irán á engrosar el tesoro de nuestro cantos populares.

Quizá alguna noche serena y estrellada, como aquellas en que presenciaba Heine el baile de los muertos, llegando á su ignorada hoya con la brisa que agita las flores del cementerio, pugnarán por levantar á su autor de la sepultura.

BENITO MAS Y PRAT

Sevilla 1883.

Sr. Director de LA ILUSTRACION ARTÍSTICA (I)

Bilbao 13 de enero de 1884

Muy Sr. mio y amigo: escribo á V. confiado en que ha de permitir que uno de los colaboradores de LA ILUSTRACION y cronista de Vizcaya, supla la deficiencia de la explicacion que se da en el número 105 de su excelente periódico al grabado que con la designacion de *La jura de los fueros*, se publicó en la última página del mismo número.

Hacia el año 880 de la Era Cristiana era Vizcaya estado independiente y autonómico que se gobernaba por leyes consuetudinarias, populares y patriarcales y en caso de guerra elegía sus caudillos por la voluntad de todos sus *erriac* ó municipios congregados so el árbol de Guernica al són de las cinco bocinas que se tañian en los cinco montes más altos.

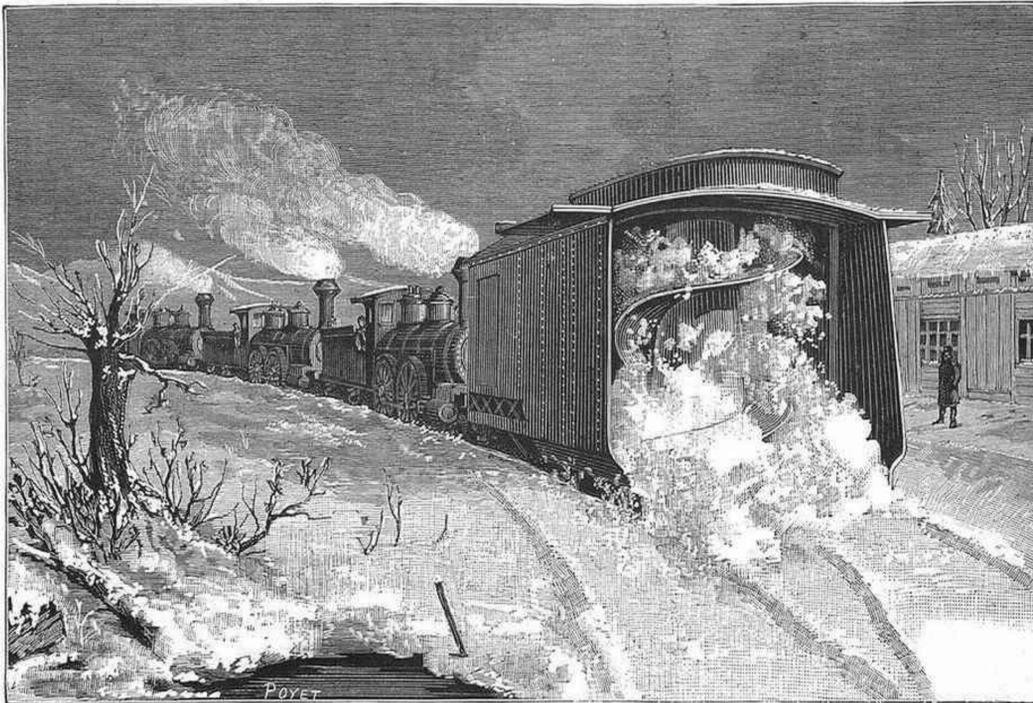
Uno de los caudillos ó protectores de Vizcaya, llamado Cenón, habia pasado á la corte de Asturias á tratar asuntos del procomún y habia sido allí encarcelado. Entónces Vizcaya invadió las comarcas orientales de la monarquía asturo-leonesa y ejerció represalias. Los asturianos ó leoneses desembarcaron en Báuquo, costa de Vizcaya, y allí fueron derrotados y obligados á reembarcarse por los vizcaínos acaudillados por un caballero de Bustúria llamado Fortun Fruiz.

Pasados algunos años, un ejército leonés acaudillado por un príncipe llamado, segun unos, Ordoño, y segun otros, Odoario, invadió á Vizcaya por la cordillera pirenaico-cantábrica. Saliéronle al encuentro los vizcaínos acaudillados por Lope Fortun, hijo de Fortun Fruiz y más conocido por Jaun-zuria ó el *señor blanco* porque lo era de cuerpo, y Sancho Estigüez, señor del Duranguesado, y en el valle de Padura, dos leguas al sur de donde andando el tiempo se fundó la villa de Bilbao, fueron derrotados los invasores y perseguidos los restos de su ejército hasta el árbol Malastu que señalaba en Luyardo los límites de Vizcaya, dejando muerto en Padura á su caudillo, á quien más adelante se erigió un suntuoso sepulcro que aún subsiste en el pórtico de la iglesia de Arrigorriaga, cuyo nombre, que significa «lugar de piedras enrojadas,» tomó el valle de Padura en memoria de la sangre que habia enrojado su suelo.

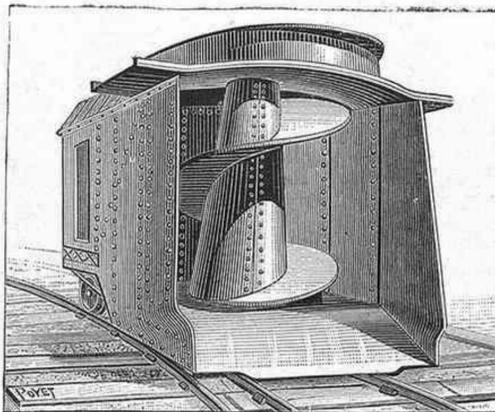
Sancho Estigüez, que habia sido herido de muerte en la batalla, fué conducido á Tabira de Durango donde mu-

(1) Defiriendo con el mayor gusto á los deseos expresados por nuestro distinguido colaborador el Sr. D. Antonio de Trueba, insertamos la carta que este ilustrado escritor nos ha dirigido con el objeto de ampliar la descripción que, en términos generales y con la sobriedad que nos impone el reducido espacio que queda para texto en nuestra publicación, hicimos del grabado á que dicha carta se refiere.

(N. de la D.)



NUEVO APARATO AMERICANO PARA DESPEJAR DE NIEVE LAS VÍAS FÉRREAS



DETALLE DE LA ESPIRAL VERTICAL DEL ANTERIOR APARATO

rió poco después y en cuya iglesia de San Pedro perseveran dos momias que la tradición asegura ser la suya y la de su mujer doña Tida, y en cuanto á Lope Fortun ó Jaun-zuria, fué aclamado por los *erriac*, congregados so el árbol de Guernica, señor hereditario y condicional de Vizcaya, cuyas libertades juró allí y juraron sus sucesores consanguíneos hasta que uno de ellos, en 1371, heredó la corona de Castilla con el nombre de D. Juan I.

El cuadro del joven pintor vizcaíno D. Anselmo de Gumea, premiado con medalla de oro en la exposicion celebrada en Vizcaya en 1882 y reproducido en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA, representa la Jura de los fueros de Vizcaya por Jaun-zuria so el árbol de Guernica.

ANTONIO DE TRUEBA

SÉPTIMA CONFERENCIA

DE LA ASOCIACION GEODESICA INTERNACIONAL EN ROMA

II

La Memoria presentada en Roma á la Asociacion GEODÉSICA INTERNACIONAL por los Sres. General IBAÑEZ DE IBERO, Presidente, y Secretarios HIRSCH y OPPOLZER, sobre la unificación de las longitudes y la cuenta universal del tiempo, constaba de tres partes principales:

- 1.ª Utilidad de la unificación.
- 2.ª Eleccion del meridiano inicial.
- 3.ª Unificación de las horas.

Conviene, pues, darlas á conocer con separacion; y, ya que la naturaleza especial de esta Revista no consiente la insercion íntegra de trabajo de tanta magnitud y de tanta importancia científica, expondremos sucintamente la esencia de su luminosa argumentacion.

I

UTILIDAD DE LA UNIFICACION DE LOS MERIDIANOS.

1.º Es, no sólo conveniente, sino absolutamente necesaria, la eleccion de un solo meridiano universal, en esta época de instituciones internacionales que, reconociendo la individualidad de las naciones, organiza legalmente la Humanidad civilizada, creando las uniones postales y telegráficas, unificando los pesos y medidas, protegiendo á través de las fronteras nacionales la propiedad intelectual, artística é industrial, haciendo respetar los derechos del hombre aun en los campos de batalla, por

medio de la Asociacion de la Cruz Roja, etc, etc.

2.º La unificación de las longitudes producirá incalculables ventajas á *todas las ciencias geográficas*, ahorrando la considerable y enojosa pérdida de tiempo que cada día exige á los geógrafos la continua transformacion de unas longitudes en otras, cuando las cartas se ajustan á diferentes meridianos.

3.º *La Geodesia*, aunque regularmente no mida más que diferencias de longitudes, no puede prescindir de las coordinadas absolutas en sus estudios trascendentales de teoría y de física del globo: la Geodesia está, pues, altamente interesada tambien en la unificación de las longitudes.

4.º *La Astronomía* lo está igualmente, para evitar las reducciones, al coordinar las observaciones hechas en los diferentes observatorios y comparar las efemérides, por necesidad calculadas para un cierto meridiano.

5.º *La Meteorología*, así como muchas otras ramas de la física del globo (magnetismo terrestre...), necesita resumir las observaciones para los mismos instantes físicos y levantar con ellos cartas sinópticas.

6.º Toda la *ciencia humana*, en fin, no concentrada hoy, como en otros tiempos, en dos ó tres centros privilegiados, sino distribuida por todas las naciones civilizadas, tiene necesidad real y urgente de la unificación de las longitudes.

7.º Si desde el punto de vista científico se impone la unificación, las ventajas son incalculables en el terreno de la utilidad práctica;

Para los marinos que, cuando sus cartas y sus almanaques están ajustados á meridianos distintos, tienen que hacer diariamente y aun en medio de las tempestades, cálculos enojosos, cuyos errores pudieran resultar en pérdidas de buques, de ricos cargamentos, y de preciosas vidas;

Para los oficiales de Estado Mayor;

Para los cartógrafos, los topógrafos y los hidrógrafos; Y, sobre todo, la utilidad práctica será de resultados inmensos en la enseñanza geográfica, no sólo en las escuelas primarias y secundarias, sino, con mayor especialidad, en las escuelas superiores especiales, politécnicas y de navegacion.

Si importa muchos millones de pesetas la economía de tiempo que produce anualmente la unificación del sistema decimal de pesos y medidas en las naciones que de él se sirven, ¿á cuánto no ascenderá la economía que la unificación de las longitudes producirá á los sabios, á los geógrafos, á los navegantes, á los maestros y á los discípulos?

II

ELECCION DEL MERIDIANO INICIAL

1.º La tierra es un esferoide de revolucion; y, por consiguiente, no existe NINGUN PRIMER MERIDIANO NATURAL.

Hoy no puede aceptarse la hipótesis de los geodestas que, discutiendo mal algunas mediciones de arcos terrestres, consideraron á nuestro planeta como un elipsoide de tres ejes; y, por tanto, no puede considerarse como meridiano IMPUESTO POR LA NATURALEZA al círculo que pasase por el eje mayor ó el eje menor de ese supuesto elipsoide.

Tampoco puede servir de meridiano NATURAL aquel en que la declinacion de la aguja magnética sea hoy cero, puesto que es un hecho científico indubitable que la declinacion magnética varía continuamente.

Referir el primer meridiano universal á cualquier otro gran fenómeno NATURAL, ya astronómico, ya geodésico, cuya definicion dependiera de observaciones minuciosas y de cálculos complicados (modificables siempre con los progresos incesantes de la ciencia), seria incurrir de nuevo y voluntariamente, en un error análogo al que cometieron el siglo pasado los sabios que creyeron haber hecho una gran cosa deduciendo la longitud del metro de las dimensiones del Globo terrestre, que pensaban haber determinado de una vez y para siempre con entera precision

2.º No habiendo, pues, ningun meridiano IMPUESTO por la naturaleza, la eleccion del que haya de servir universalmente para la cuenta de las longitudes y del tiempo cosmopolita, tiene, por necesidad, que ser arbitraria; y depender, por tanto, de razones de pura conveniencia científica, y de razonable facilidad práctica.

3.º Sólo hay que exigir, en el estado actual de la ciencia, que el meridiano inicial esté suficientemente definido

tenga garantías de estabilidad y se halle situado de tal modo que ofrezca grandes facilidades para determinar diferencias de longitud, ya por líneas y cables telegráficos, ya por transportes de cronómetros.

Necesitándose, pues, para la navegación moderna una exactitud de medio minuto de arco, ó sea de dos segundos de tiempo, correspondientes en el Ecuador á la longitud de UN KILÓMETRO; y exigiendo las ciencias geodésicas y astronómicas una exactitud (que ya alcanzan) de algunos centésimos de segundo, equivalentes á una DECENA de metros; resulta que el meridiano inicial del mundo debe estar determinado por un observatorio astronómico de primer orden, situado en region que no sea de naturaleza volcánica, ni sujeta de un modo exagerado á los movimientos seculares del suelo, por lo cual este observatorio ha de hallarse ligado á otros de igual importancia, por triangulaciones de la mayor exactitud.

4.º Estas exigencias científicas bastan para excluir, sin discusión, gran número de meridianos, como el de Hierro, el de Behring y demás meridianos oceánicos; por más que hayan sido apadrinados por hombres eminentes.

5.º No es serio pensar en la erección de observatorios especiales en el Estrecho de Behring ó en el Pico de Tenerife, ó en la Isla de Hierro, y ligarlos por cables telegráficos á los Continentes; con el solo objeto de adormecer celos nacionales, y crear un primer meridiano universal que no sea ni español, ni francés, ni inglés, ni alemán, ni americano, etcétera.

6.º Debe, pues, ser elegido como inicial el meridiano de uno de los cuatro grandes observatorios en que se publican los más importantes almanaques náuticos y efemérides astronómicas: Greenwich, París, Berlín ó Washington.

7.º Reducida la elección á uno de estos cuatro meridianos, y siendo indiferente cualquiera de ellos, debe escogerse aquel cuya elección ocasione el mínimo de trabajo en los cambios que la reforma haya de originar.

8.º En este concepto, la elección del meridiano de Greenwich no puede ser dudosa. La marina de Inglaterra (40,000 buques y 370,000 tripulantes), así como las mercantes de los Estados Unidos de la América del Norte, de Alemania, de Austria, de Italia y de otros países; es decir, el 90 % de los navegantes calculan ya sus longitudes por el meridiano de Greenwich.

Los *Nautical Almanachs* más extendidos, y las efemérides más usadas en los observatorios, son los calculados para el meridiano de Greenwich; por más que no les sean inferiores «La *Connaissance des Temps*» ajustada al de París, ni el «*Berliner Jahrbuch*» calculado por el de Berlín.

Las cartas topográficas y, sobre todo, las hidrográficas dibujadas según el meridiano de Greenwich, abarcan una superficie terrestre mayor que todas las demás cartas juntas ajustadas á otros meridianos.

III

UNIFICACION DE LAS HORAS

1.º Resuelta la cuestión de meridiano, lo está la de la hora universal ó cosmopolita; porque, desde el momento en que todas las efemérides y *almanachs* sean calculados por un solo y mismo meridiano, el tiempo de este meridiano será el empleado por la Astronomía, la Geodesia, la Meteorología, la Física del Globo, la Navegación;... y á él, por grandes conveniencias prácticas, habrán de acomodarse las extensas líneas de comunicación por mar y tierra, los correos y las administraciones telegráficas.

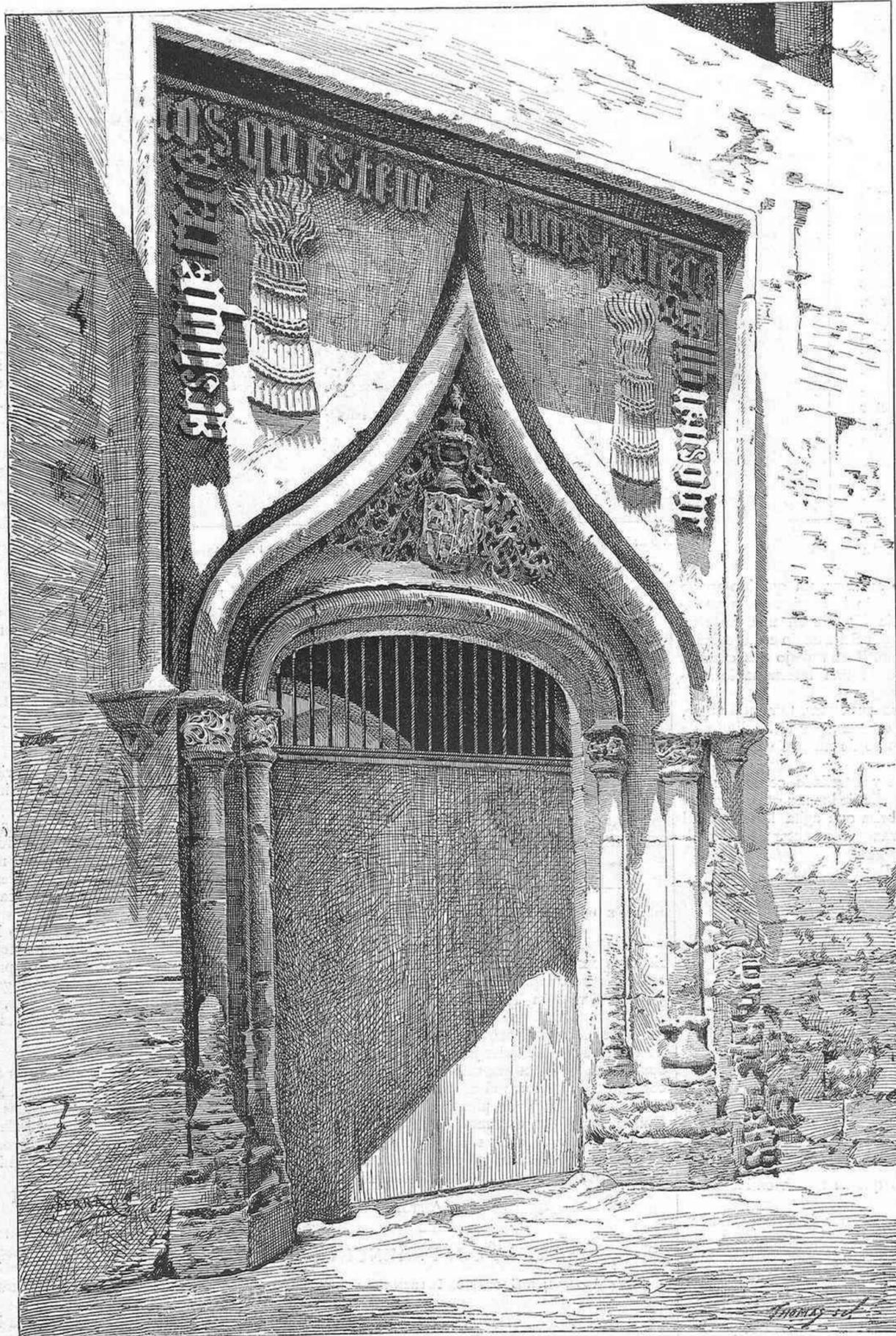
Este arreglo tendrá el inconveniente, para parte de Europa, de que las horas de la mañana serán de un día cosmopolita anterior al día civil; pero en América coincidirán con la fecha universal todas las horas de trabajo en cada día; ventaja que, para los Estados Unidos y el Canadá, será una recompensa muy merecida, por haber, desde luego, aceptado graciosamente el meridiano inicial, en Europa situado.

IV

Hé aquí á grandes rasgos, y desprovisto de las bellezas de estilo y de la claridad de los ejemplos, el luminoso dictamen del General IBAÑEZ DE IBERO y de los Secretarios Sres. HIRSCH y OPPOLZER.

Las resoluciones tomadas en su vista por la Asamblea de Roma, y que harán época en la historia, serán objeto del artículo siguiente.

E. BENOT



PUERTA DEL PALACIO DE MOSEN SORELL, en Valencia

EL SALON DE LA MODA

Los que deseen suscribirse únicamente á este periódico por anualidades, semestres ó trimestres, con pago anticipado, deberán regirse por la siguiente nota de precios:

EN ESPAÑA, un año, pesetas 15.— Seis meses, pesetas 8.— Tres meses, pesetas 4,50 EN PORTUGAL, un año, 3000 reis.— Seis meses, 1600 reis.— Tres meses, 900 reis. Las suscripciones empezarán el día 1.º de cada mes

Se admiten suscripciones en todas las librerías y centros de suscripción.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON